



Por PABLO SANZ

EL CASTILLO DE LA PIEDRA BERMEJA

La musiquita tonta y penetrante del móvil pinchó a Elena en los oídos, despertándole del aturdimiento en que se hallaba sumida por culpa de una siesta demasiado prolongada durante la primera tarde ociosa que había conocido en mucho tiempo. Tentó casi a ciegas sobre la mesa donde se entremezclaban los folios llenos de notas, diagramas, fotografías y esquemas, con libros desperdigados, cuadernos, carpetillas y disquetes. Por fin localizó el teléfono, sepultado bajo estratos de papeles, y acertó a pulsar la tecla para descolgar. Con la voz aún debilitada por el sueño, solo alcanzó a balbucear de manera casi inaudible:

—¿Diga?

—Tía, estás más muerta que viva. Vaya voz se te ha quedado con la entrega de la tesis. Vete espabilando que tienes que venir echando leches.

Elena no reaccionaba del todo. Soltó un largo y sonoro bostezo, se estiró y al hacerlo resbaló de su mano el móvil, que cayó dando trompicones de la mano a la pierna y luego a la butaca, para terminar rebotando contra la alfombra.

Cuando lo recuperó aún tardó un momento en ponerse al habla con Elisa.

—¿Qué me decías? Creo que todavía no me he despertado...

—No, si ya veo que entre la tesis y lo que no es la tesis estás más atontada que de costumbre. ¿Qué tal con Alberto? Tienes que contarme... Pero no divaguemos. Ven a verme ahora mismo que aquí tenemos Silvia y yo una sorpresa para ti.

—No pensaba salir de casa hasta mañana, que es que estoy agotadita. No puedo ni con la pulsera. Mañana lo vemos, ¿vale?

—De eso nada. Si estás en plan zángana yo me acerco a tu casa, y así estreno tu ordenador... y me cuentas lo que hiciste la otra noche.

—Te vas a decepcionar, no podré contarte nada interesante. La otra noche no fue muy diferente a las de los últimos tres años. Menudo aburrimiento...

—Ya, ya. Bueno, en seguida nos vemos. Hasta luego.

Elisa colgó sin dejarle replicar y Elena suspiró con fastidio. Tenía la casa algo abandonada y poco apta para visitas. La dedicación en cuerpo y alma a su tesis, a la que últimamente había consagrado todas sus energías para rematarla y presentarla de una vez, no le dejaba ni tiempo ni ganas de más tareas, y las domésticas se habían ido aplazando durante las dos semanas anteriores. Pero luego, mientras recogía la mesa, ella misma se conformaba.

“Bueno, Elisa es de confianza y sabrá comprenderme si se encuentra un poco de polvo en los muebles o la cama deshecha. Además, ese torbellino me contagiará un poco de su fuerza vital, que falta me hace. Aparte de que llevo dos meses descolgada de mis amigas y no estará mal que me ponga al día.”

En un margen de tiempo muy inferior al que Elena había calculado, llamaron al telefonillo del portal y acto seguido al timbre de la puerta.

–Pero bueno, Elisa, ¿te ha dado tiempo a subir las escaleras o es que vienes volando?

–Y que lo digas, guapa. ¿Dónde tienes el ordenador? Hay que ver qué delgada estás, tía. Venga, enciéndelo. Con este tipito ligarás un montón ahora.

–Tranquila, refrénate un poco. ¿Te preparo un café?

–Mejor una tila. Presentaste la tesis, ¿no? Toma este disquete. Tienes que avisarnos cuando la leas.

–¿Qué me traes?

–Una foto. Ya verás.

–Vente a la cocina.

Elena abrevió los preámbulos porque notó a Elisa más acelerada que de costumbre. El disco magnético contenía una fotografía digital y la vieron con la ayuda de un programa de edición fotográfica. Una foto muy mala tomada en un cementerio. En la pésima composición se veía un grupo de personas -alguna cortada o escondida, otras con los ojos rojos del fogonazo del flash-, un fondo totalmente oscuro donde clareaban un par de cruces blancas de mármol, una cara en primer plano quemada por la luz, otras más alejadas medianamente bien iluminadas y el resto oscuras por demás. Caras alegres, demasiado alegres; era evidente que no debían de estar de entierro.

–Bueno, ¿y para esto tanta prisa? ¿Quiénes son esos?

–Aguarda... Cómo mola tu ordenata... La foto es del otro día, o mejor dicho de la otra noche, porque ya estaba anocheciendo, por eso ha salido tan oscura. Ahora vamos a retocar los niveles de luz para que veas...

Elisa pulsó una combinación de teclas y apareció una ventana con una serie de controles. Manipulando en ellos, la imagen ganaba en claridad y contraste, de modo que empezaban a dibujarse más cruces blancas y lápidas en el fondo que hasta ese momento había aparecido de negro zaino.

–Un poco tétrico, qué quieres que te diga, que hoy es la víspera de Todos los Santos.

–Esto no es nada... qué bien se ve esta pantalla... te habrá costado un pastón...

Nuevos ajustes de Elisa iban quemando el primer plano de la fotografía, pero a cambio en el fondo empezaba a divisarse una columna de hierro fundido que sostenía un tejadillo, una pared con nichos sellados con lápidas negras y -tras el corrillo de personas- una sombra indefinida proyectada en la pared, que a medida que se aumentaba el nivel luminoso iba cobrando la forma de una figura humana.

Elisa paró para mirar de hito en hito a Elena y ver el efecto que le producía esta figura rescatada de las tinieblas.

—¿Puedes aclarar un poco más? Es increíble lo que hacen estos programas y estos cacharros. ¡Si antes estaba todo negro! Parece cosa de magia...

Tras un nuevo ajuste de la imagen, ya no cabía asomo de duda. Sobre la pared del fondo, y a medias difuminada en ella, había una figura con forma humana de la que sólo se veían el torso, los brazos y la cabeza. Estaba medio recostada medio levantada, desnuda, con un brazo extendido y el índice señalando algo furibundamente.

Elena estaba un poco impresionada por el proceso del nacimiento de semejante figura.

—¿Es una pintura mural o un relieve viejo? La verdad es que resulta de lo más propio para un cementerio. Da hasta miedo...

—¿Sí? Lo que da miedo es pensar que en esa pared no hay nada pintado ni tallado, es una pared cochambrosa de mampostería con argamasa de cal, así que ¿de dónde ha salido esa figura? Aquí tienes más material para tu tesis.

—Ah, no, no, eso sí que no. He jurado aparcar por mucho tiempo todo lo que huelga a mi tesis, que bastantes fatigas me ha dado ya. Milagro será que no vaya a la hoguera en cuanto la lea ante el tribunal.

—Venga, Elena. Es un caso más importante que las caras de Bélmez. Se lo he birlado a una periodista que pretendía montar un numerito de circo con el fantasma. ¿No sería una pena que los científicos lo desdeñara y entraran a saco los periodistas?

—¿No será un montaje? Con toda esta tecnología informática se hacen virguerías...

—No parece. No tenemos el negativo porque la foto fue sacada con una cámara digital. Pero varios entendidos en informática y en fotografía digital la han mirado con lupa, y también la cámara y la tarjeta de memoria donde se almacenan las fotos. Parece que no hay trucos ni montajes. Hay que buscar la explicación en otra parte, y para eso estás tú, Elenita. ¿No decías siempre que la curiosidad es la madre de la ciencia? Pues vamos a curiosear.

—No creas que me apetece mucho. Estoy agotada precisamente por culpa de la tesis y quiero descansar como todo el mundo, salir de vinos, ir al cine, a conciertos, a ver museos, pasear por el campo y hasta hacer el vago por lo menos otros tres años seguidos.

—Mira qué bien; vas a poder compaginar la ciencia con el ocio, porque la foto se tomó el sábado pasado en un cementerio que está dentro de un castillo muy vistoso del siglo XIII, pegado a una iglesia románica, en un pueblo que es monumento histórico-artístico, con unos paisajes de alucinar y una serie de bares donde dan unas tapas que no veas. ¿Qué más quieres? Esta noche, aprovechando que mañana es fiesta, vamos a hacer una expedición hasta allí con...

En ese instante pitó el móvil cortando las últimas palabras de Elisa.

—¿Diga?

—Hola, Elena. ¿Cómo está la sicóloga más sicodélica? ¿Te has repuesto ya de la tesis?

—Hola. Pues no te creas, que del todo no...

—Tenemos pensado ir a cenar esta noche. ¿No te vendría bien reponer fuerzas con una cena opípara?

—Hoy no puede ser, estoy demasiado cansada para salir; muchas gracias de todos modos. ¿Hablamos mañana?

—Mañana me voy al campo, a Brioca, para tomar un poco el aire. Si quieres te llamo por la noche, cuando vuelva.

—Vale. Que lo pases bien. Un beso.

Elena colgó y Elisa le asaltó con una sonrisa pícaro en la cara.

—Me apuesto lo que quieras a que era Alberto. Se te ha quedado una cara de tonta... y esa vocecita que le pones de niña dulce que no ha roto un plato. ¿Todavía no te lo has tirado? Desde luego él está colado por ti, no hay más que verle...

—Ya, pero yo no quiero complicarme. Me basta con tenerlo de amigo, y estoy encantada.

—Pues él también estaba en el cementerio cuando la foto, aunque no salga en ella. Deberías hacerle una entrevista y una exploración a fondo.

—¿Por qué no se la haces tú? ¿No te gustaría?

—A mí ya me explora a fondo mi chico, el fondo y la superficie. Si quieres te lo presto algún ratito, te iba a dejar nueva, sin polvo ni telarañas.

—Qué bruta eres...

Una hora después las recogió Silvia para emprender el camino de Brioca, a otra hora de viaje. No podían demorarse si querían llegar a ver el lugar con luz diurna.

Durante el viaje por las campiñas las acompañaba un limpio y espléndido sol sobre el cielo raso y luminoso. Los colores del otoño revestían de infinitos matices amarillos, pardos, anaranjados y rojizos las olmedas de las cunetas, las salcedas y alamedas parejas a los cauces, los frutales alineados de las huertas, mientras entre los rastrojos dorados rebrotaba con algunos tímidos verdes la otoñada agradecida a las últimas lluvias. Después de las campiñas se sucedieron tras las ventanillas del coche los altos páramos de La Alcarria. El frescor de la altura, aunado con el sol mortecino del atardecer, condensaba el aire en cálidas hebras amarillentas deshilachadas entre las ramas de robles y encinas, o entre los peines pajizos de las rastrojeras que habían resistido al arado y a las quemas.

Inesperadamente, la llanura del páramo se parte en dos. Al fondo de la profunda hendidura discurre el Tajuña y sobre un rellano a media ladera se topan con Brioca. Atraviesan el pueblo preguntando por el cementerio y, sobrepasadas las últimas casas, llegan a un recinto amurallado asomado a un precipicio sobre la vega del río, donde se encierran el castillo de la Piedra Bermeja y la iglesia de Santa María.

El sol se apresura en sus últimos pasos sobre el horizonte, y ellas aceleran los suyos para llegar al viejo castillo. Cruzan una puerta de hierro, que permanece abierta por ser el último día del mes de octubre para que los deudos lleven flores y plegarias a sus difuntos; suben una rampa tallada en la roca tobácea que conduce al patio de armas, salvan luego unas pocas escalinatas al pie de un arco ojival y quedan boquiabiertas ante él sin decidirse a traspasarlo ni a quedarse fuera.

El camposanto está dividido en dos: Una parte antigua en el patio de armas, ante ellas, y otra más moderna a sus pies, en la explanada baja que se extiende entre el castillo y el precipicio. Las últimas ancianas enlutadas y encorvadas por los años y los pesares se van recogiendo

lentamente, dejando tras de sí las tumbas sembradas de ramos de flores y cirios encendidos. Las tres amigas permanecen unos instantes mudas, traspuestas, cautivadas por el paisaje otoñal del valle tendido ante sus ojos, por donde el sol poniente derrama las luces rasantes y arreboladas del ocaso que se filtran en las arboledas multicolores de la ribera, en las huertas de la vega, en los olivares de las laderas, en los poros y oquedades de las peñas que asientan la iglesia y el castillo, en las nubes de claroscuros tenebristas en el horizonte del crepúsculo... Los mismos rayos que bañan de refilón las losas de las tumbas coronadas con cruces de mármol, o los sencillos montones de tierra que arropan a los huesos más humildes, señalados con cruces de hierro forjado que velan perpetuamente sobre las sepulturas y guardan el nombre del yaciente en su frío regazo carcomido por la herrumbre.

—¡Dios mío! -exclamó alguna de ellas con la voz perdida- ¿Cómo es posible tanta belleza? Si este instante durara cien años...

—Si este instante durara cien años no sería tan bello. Los momentos sublimes, como los felices, son siempre así; destellos fugaces que nos deslumbran por contraste con la rutina gris de la vida...

Sustrayéndose a duras penas al hechizo del paisaje, pasaron al patio. El gran cuadrilátero está porticado con un tejadillo volado sobre esbeltas columnas de hierro fundido. En un lado se levantan varias capillas y en los otros tres se abren los nichos antiguos, la mayoría del siglo pasado. El suelo está cubierto por completo de losas, baldosas o tierra batida con un marco de madera. No queda ningún hueco sin ocupar, por lo que tuvieron que avanzar con muchos reparos pisando sobre las sepulturas.

Localizaron la pared que habían visto en la foto y, tras inspeccionarla atentamente, no advirtieron rastro de pinturas o relieves que pudieran explicar la figura que aparecía sobre ella en la imagen. Tomaron varias fotografías con película normal e infrarroja. Iluminaron el muro con las potentes linternas, cuyos rayos rebotados en las piedras y en las lápidas cegaban la vista. Nada anormal.

—Apaga el foco. Mal que bien, aún se ve con la luz natural. No estropees el encanto romántico del camposanto a esta hora mágica. Y ahorramos pilas para luego.

—¡Eh!, ¿hay algún fantasma por aquí? ¿No dais una fiesta, o una copa siquiera en esta noche de las ánimas?

Elena disentía moviendo la cabeza. Ya debía haberse imaginado que con Elisa no habría manera de tomarse nada en serio. Llegaba el sepulturero avisando que era la hora de cerrar. Era un chico joven que no se daba el aire del oficio.

—¿Tú eres el enterrador?

—Bueno, es mi tío, yo le ayudo a ratos porque ya está mayor.

—¿Y no te da miedo andar todo el tiempo por aquí con los muertos?

—Qué me va dar. No molestan nada. Son más educaditos...

El chico se rió con ganas, y prosiguió:

—Algunas noches me vengo a dormir aquí; hay menos ruidos que en el pueblo.

—Sí, algunas noches podrá ser, pero una noche como hoy no te creo capaz.

—¿Y por qué no? ¿Qué mas dará una noche que otra? Los muertos son los de siempre, ya los conozco a todos.

—Sí, sí. Mucho de boquilla, pero seguro que luego te acojonas...

—Si estuvierais aquí para verlo, esta noche os enseñaba el cementerio. Y os contaría algunas historias que han ocurrido aquí dentro. Pero no os veo yo a vosotras muy aventureras.

—Ja, que no. Vamos a cenar y luego, a la hora que tú digas, ya verás como estamos aquí.

—Sí, eso mismo dice todo el mundo y a la hora de la verdad no se atreve ni Dios.

—Pues nosotras sí. Y tráete una botella de güisqui, que parece que va a hacer un poco de fresco esta noche.

—A las doce menos cuarto os espero, para que nos pille aquí la medianoche. Pero yo sé muy bien que no vais a venir.

Se marcharon oteando atentamente el lugar.

—Este palurdo no nos conoce. Se cree que somos una pijas asustadizas.

—Bueno, por lo menos nos ahorramos tener que saltar la pared o la puerta. No está mal la cita, ¿eh? Esto es llegar y besar el santo.

Fuera del patio, en la explanada repleta de tumbas al pie de los muros centenarios del castillo, los rayos postreros del ocaso se batían sobre las losas contra los fulgores temblorosos de los cirios, que poco a poco iban comiéndoles el terreno y ampliando sus aureolas palpitantes sobre el frío mármol de las sepulturas. Rojas unas, otras blanquecinas, según el color de las carcasas que resguardan del aire la llama, una nebulosa de tímidas lucecillas se afirmaba contra las sombras de la tarde, que caían a esa hora sobre el valle anegándolo por momentos en la niebla fresca y opaca, cada vez más espesa, del anochecer.

(...) Volvieron las tres ante el portón del cementerio a la hora convenida con el enterrador, pero él no estaba. Esperaron. En ese lugar oscuro y apartado, apenas alumbrado por la luz mortecina de dos farolas perdidas en el amplio parque que precede al castillo y a la iglesia, caían los segundos con la misma parsimonia con que se descuelgan las hojas caducas de los árboles. Pasaron diez, doce, quince minutos y allí no aparecía nadie. El aire quieto y callado vibró unos momentos con las campanadas de la medianoche que marcaba algún reloj del pueblo, cuyo eco llegaba amortiguado en la distancia.

—Qué fastidio, no nos hemos acordado de traer las doce uvas.

—Este tío se ha acojonado, no creo que venga.

—La puerta no está cerrada, tan solo entornada. No andará muy lejos. ¿Vamos?

—Vamos allá.

Empujaron no sin esfuerzo la pesada puerta metálica cuyos goznes agarrotados chirriaron sin pudor turbando la muda paz del camposanto. Se internaron muy despacio, caminando con sigilo para no profanar el silencio reverencial de aquel lugar. Delataba sus pisadas el sordo crepitar de la hojarasca acumulada en la entrada, arrastrada por el viento desde la alameda del parque, al otro lado de los muros.

Sin previo acuerdo, las tres se dirigieron solidariamente hacia el patio de armas por la rampa entallada en la roca que sirve de cimientto al castillo. Una vez allí, se tomaron unos instantes de

parada para acostumbrar los ojos a la espesa oscuridad del interior del patio, vedado por completo a la escuálida luna que aclaraba muy pálidamente el resto del paisaje nocturno. Igualmente sin mediar palabra, dirigidas por el mismo reclamo inconsciente y automático, caminaron hacia el fondo en busca de la pared donde había aparecido la figura en la foto.

Llevaban a mano las linternas, pero no se atrevían a usarlas todavía por no disipar con sus chorros de luz chillona el ambiente venerable del lugar ni alterar el reposo eterno de sus moradores, así que se ayudaban de la luz mucho más discreta de los mecheros. Como quiera que éstos les quemaban los dedos a poco que los mantuvieran encendidos de continuo, también prescindieron de ellos y tomaron prestados a modo de candiles sendos cirios de los que lucían en algunas sepulturas.

Alumbradas por ellos reconocieron el lugar paso a paso. Avanzaban despacio, trastabillándose en las viejas losas y baldosas desniveladas y mal calzadas que bailaban bajo sus pies, cuando un grito escalofriante, como un alarido de desesperación, les hirió los ojos desde la losa en que se había petrificado mucho tiempo atrás.



Era el breve y rotundo lamento de una madre desgarrada por la pérdida del hijo pequeño. Contagiadas por la congoja que rezumaba semejante lápida, no tardaron en descubrir con horror que el mismo grito se repetía en el nicho de al lado. Reconocieron la voz doliente de la misma madre en la caligrafía de la triste lápida, idéntica a la anterior, y lo corroboraron al leer los apellidos del niño difunto. Había muerto al día siguiente que su hermano.

¡¡Hijo mío!!

Esta dolorida exclamación cincelada en la piedra más de cien años atrás, resultaba más elocuente que las prolijas y rebuscadas dedicatorias que lucían muchas otras lápidas. Estas dos simples palabras descarnadas, sin retruécanos ni metáforas artificiosas, condensaban tanto dolor y tantas lágrimas como todas las elegías juntas. ¿Qué antigua tragedia se escondía en ellas?

¡¡Hijo mío!!

La tercera vez que restalló en sus ojos el fatídico lamento, en la losa contigua de otro hijo malogrado a los pocos días que sus hermanos, les escoció como un trallazo seco sobre la carne desnuda. Ya no pudieron soportar por más tiempo la agobiante presión de la angustia y la tristeza.

—¡...!

—Vámonos de aquí. Me falta el aire, no puedo respirar.

Se marcharon rápidamente del alto patio. Fue un alivio para ellas sentir el azote frío de una ráfaga de aire que se colaba por el vano del arco ojival, en la puerta deshojada del cementerio viejo. Mientras se alejaban a toda prisa del infausto lugar, Silvia cayó en la cuenta.

—Creo que ahí es donde aparecía la "cosa". Sí, no puede ser en otro lado, en todo el patio no hay ningún otro lienzo de muro liso, con tan poquitos nichos, como el que salía en la foto.

—Ya volveremos mañana con buena luz. O si tiene que ser de noche, que sea otra noche y no ésta, y con muy buena compañía.

—Por hoy ya hemos experimentado emociones fuertes. Vamos a tomar unas copas para disolverlas antes de dormir, no vaya a ser que nos desvelemos.

Llegaron las tres juntas, prietas y apelonadas como un hato de ovejas asustadas, ante la alta puerta de hierro que guarda la salida del castillo.

—No seas torpe, que es al revés. Tira hacia acá.

—No puedo. Está cerrada con llave.

—No puede ser, hace un momento estaba abierta. Estará un poco dura.

—Vamos, tiraremos las tres a la vez, tiene que estar abierta.

En vano forcejearon con la puerta.

—¡Ha sido el enterrador! Ese tío es un capullo, nos ha dejado encerradas a propósito.

—¡Capullo, cabrón, ábrenos el portón!

—Elisa, por favor, no seas bruta. Habrá querido asustarnos un poco. Como esté por aquí se va a descojonar vivo viendo cómo se sale con la suya.

—No, si yo no tengo miedo, pero es que me revienta que no pueda ir a tomarme una copa, con lo que me apetece ahora.

Aguardaron un largo rato con la esperanza de que el sepulturero acudiera por su propia iniciativa, pero fue en vano.

—¡Oye, chaval!, tenemos una petaca con un güisqui de puta madre. ¿Te apetece un lingotazo?

—Me ha parecido oír que se ríe. Será capullo el tío...

Elisa volvía a impacientarse y a enfurecerse.

—¡Gilipollas! ¡En la vida te habrás visto tú con tres tías! ¿No se te ocurre otra cosa que encerrarnos aquí? ¡Mariconazo de mierda! ¡Eunuco! ¡Te vamos arrancar los huevos!

—Vale ya Elisa, menudo escándalo estás montando. Como pase cualquiera por aquí...

—Venga, tranquilas. Vamos a llamar por el móvil a alguien que venga a sacarnos.

—¿Y qué diremos que hacíamos aquí dentro a estas horas? A ver si va a ser peor el remedio...

—Me da igual, aquí ya hace frío y yo quiero irme. Voy a llamar a información para que me den el teléfono de la Guardia Civil del pueblo.

Sacó el móvil del bolso y pulsó las teclas con avidez temblorosa en los dedos. El aparato despedía un cerco de luz verdosa que iluminaba con un halo tenebroso, algo fantasmagórico, las manos y la cara de Silvia.

—¡Mierda! Aquí no hay cobertura.

—Natural, estamos entre medias del castillo y la iglesia, donde casi se tocan. Menudos paredones de piedra, como para que pasen las ondas de la telefonía. Aquí no pasarían ni los cañonazos.

—Podemos salir a la explanada, que está más despejada y puede que sí lleguen las ondas.

—Vale, pero yo al patio no entro ni loca, antes prefiero descolgarme por el despeñadero.

—Venga, vamos juntas.

—De la caza del fantasma pasamos en un momento a la caza de la onda, hay que ver qué safaris tan emocionantes nos montamos.

—Bueno, en el fondo es lo mismo, ¿no, Elena?

—Más o menos.

Elena no estaba muy locuaz. No paraba de darle vueltas en su cabeza al asunto que las había llevado hasta allí, y se estaba convenciendo de que -contrariamente a lo que pensara al principio, cuando lo tomó más que nada como una excursión lúdica- no dejaba de tener su miga.

Retrocedieron desde la puerta evitando la rampa que sube hasta el patio de armas. Al pasar frente a él miraban con recelo el vano de la puerta, que se abría desde la altura como un oscuro túnel con la boca de dovelas y sillares desdentados. Se internaron en la explanada del camposanto sorteando las tumbas, buscando el punto más despejado para captar la señal del radioteléfono.

En el rincón más alejado del cementerio hay una barbacana rota por la que tiran escombros, coronas de flores secas, ramos de plástico ya marchitos y descoloridos, huesos revueltos en la tierra y otros desperdicios fúnebres. Allí sí llegaba una débil señal, pero resultó tan pobre que cuando intentaban lanzar una llamada la comunicación se cortaba sola.

En el centro de la explanada hay una pequeña capilla. Se levantó en recuerdo de los incontables muertos que dejó la guerra en las alcarrias asoladas por las batallas y en el pueblo machacado por los bombardeos. El alto páramo se convirtió en aquel tiempo en un inmenso catafalco, y algunos robles -en recuerdo de la infinita estupidez humana- conservan de entonces las mellas de las balas y las bombas, con las metrallas incrustadas en los troncos lacerando aún las viejas heridas.

Elisa, tras los intentos fallidos, optó por escalar un ciprés y subir al tejado de la capilla, por ver si ganando algo de altura mejoraba el asunto.

—Ajá, ya va.

—¡Menos mal!

Respiró aliviada al oír la voz al otro lado del aparato.

—Apunta...

Silvia sacó el lápiz de ojos para ir anotando sobre la primera losa que encontró a mano la retahíla de números que le dictaba Elisa desde el tejado, pero la blanda mina no alcanzó ni para la segunda cifra.

—Espera un momento...

Elena había desenfundado la barra de labios y se la tendió a su amiga, que se afanaba sobre la blanca lápida.

—Ya, ahora sí, repíteme el número... Vale, ya está.

Al instante sonó el teléfono en el puesto de guardia del cuartel, en la otra punta del pueblo.

—¿Cómo dice? Señorita, tenemos casos más importantes que atender. Si se aburren vayan a divertirse a una fiesta de Halloween y no nos vengán con jueguecitos de niños.

—Oiga, por favor, que es en serio... Ha colgado el muy...

—¡Es que hay cada cretino! Llama otra vez.

—No, no, que tú te exaltas en seguida. Mejor llamo yo ahora.

Bajó Elisa gateando por el ciprés, no fuera a ser que el techo de la diminuta capilla no soportara el peso de las dos, y subió Silvia escalando sobre las tumbas y las cruces adosadas al muro.

—Como se parta el travesaño de la cruz, la leche que me pego puede ser gloriosa.

Subió al tejado, afianzó bien los pies entre los canales de tejas y marcó de nuevo.

—Nada, tías, que ahora está comunicando.

Presa de la exasperación, repetía una y otra vez la llamada con el mismo resultado, hasta que al octavo intento consiguió encontrar desocupado el teléfono del cuartel. Silvia estaba con el alma pendiente del tuuu tuuu que emitía su aparato, como la señal apremiante de un naufrago, cuando al alzar la vista soltó un estridente chillido acompañado de un respingo que casi la hace caer al suelo. A duras penas logró mantener la serenidad y el equilibrio necesarios para no rodar desde el tejado. Su mano, invadida por un temblor incontrolable, perdió el rigor de los músculos y el teléfono se estrelló contra una lápida.

Elisa y Elena estaban distraídas encendiendo unos cigarrillos para amenizar la impaciente espera cuando les sorprendió el agudo chillido de Silvia, que por un instante les heló la sangre y les paralizó el corazón. Alarmadas sin poder ver qué era lo que asustaba de esa manera a su amiga desde detrás de la capilla, y temiendo también ellas por sí mismas, la apremiaban en vano:

—¿Qué pasa? ¿Qué hay?

Silvia no las oía, hablaba consigo misma con la voz entrecortada por el llanto.

—Dios, Dios, por favor, ¿qué es eso?

(...) Silvia descendió tan apresurada y torpemente del tejado que cayó sobre una losa como un saco.

—¡Vaya trompazo! ¡Para haberse roto la crisma!

—Silvia, ¿estás bien?

Si tenía algún desperfecto en el cuerpo vapuleado por la caída, Silvia no lo sentía ni le importaba mucho: Su único afán era salir como fuera del maldito cementerio, pero dominada como estaba por el pánico no era capaz de articular palabra.

—¡Cálmate, tía! ¿Qué ha pasado, qué has visto?

—¡...!

Contagiadas del miedo que destilaba el gesto aterrado de Silvia, Elena y Elisa encendieron las linternas halógenas parapetando sus propios temores detrás de los potentes caudales de luz. Incluso bajo el resplandor hiriente de los focos, que a ellas dos las obligaba a entornar los párpados, los ojos de Silvia aún mantenían las pupilas completamente dilatadas por el pavor. Sus amigas dirigían nerviosamente a todos los rincones cañonzos de luz que rasgaban las tétricas tinieblas que envolvían las tumbas.

Los haces luminosos de las linternas, disolviendo la oscuridad al paso de su estela, concedían un ápice de seguridad alejando momentáneamente el temor de lo invisible. Pero por otra parte creaban tenebrosos juegos de claroscuros que acrecentaban el desasosiego en sus ánimos alterados; sombras inquietantes que impulsadas por el alocado movimiento de las luces se deformaban de manera grotesca y volaban vertiginosamente de un lado a otro del cementerio jugando al escondite con los muros, los cipreses, las cruces, las estatuas y las tumbas.

Silvia no recuperaba la serenidad. Se había apoderado de ella un temblor de nervios descontrolados que le impedía hablar, razonar y reaccionar. Gimiendo silenciosamente, que ni tan siquiera era capaz de articular el llanto, lanzaba miradas asustadas a todas partes, como temiendo que en cualquier momento y desde cualquier lugar volviera a asaltarle la misma visión.

Elisa propuso buscar refugio en la capilla y esperar dentro de ella que la situación se arreglase o que alguien las ayudara a salir del atolladero. Elena, en cambio, rechazó de plano la idea. La estrechez del lugar resultaría agobiante para el delicado estado anímico de Silvia, e incluso para ellas dos; si se veían obligadas a pasar largo rato encerradas sin saber qué sucedía fuera, qué o quién las acechaba y qué clase de peligro representaba. El abrigo que ahora se les ofrecía entre las cuatro paredes podía muy fácilmente convertirse en una ratonera sin salida. Pasar el resto de la noche con el alma en vilo pendiente de la puerta de la capilla podía acabar con los nervios de las dos, ya bastante tocados y maltrechos.

Así es que decidieron alejarse de la capilla central y buscar en la orilla la protección de la muralla, que al menos les cubriría la espalda sin impedirles la visión del contorno.

—Por encima de todo, pase lo que pase, nosotras no tenemos que perder la calma. ¿Entendido, Elisa?

—No, si yo estoy muy calmada. Cagada, eso sí; pero tranquila. Díselo a Silvia, que es la que siempre se mofa de mis nervios...

Abriéndose paso a machetazos de luz entre la selva impenetrable de las tinieblas y las tumbas, arrastrando a Silvia, llegaron al lienzo más alto de la muralla, el que mira hacia el pueblo, en la parte contraria del precipicio que cae sobre la vega del Tajuña. Una vez allí, resguardadas las espaldas contra el espeso y alto muro, barrieron con los focos todo el espacio que abarcaban ante sí. No veían nada que no hubiesen visto ya, fuera del muestrario abigarrado de lápidas, flores, cirios y esculturas fúnebres.

—Apaga la linterna. La noche es larga y hay que reservar las pilas para emergencias.

—¿...?

—Sí, hazme caso. Si hay aquí algo o alguien que quiera molestarnos, por las luces nos tiene totalmente localizadas.

—Sí, tienes razón, pero la oscuridad me da más respeto.

—En un momento te acostumbrarás.

Tras unos breves instantes para acomodar de nuevo la vista al lóbrego ambiente, avanzaban despacio hacia la salida bordeando la muralla, tentando de espaldas la pared. A medio camino, al pie del cubo que guarda el ángulo del castillo con estrechos ventanales abocinados vigilando desde la altura, sufrieron un nuevo sobresalto.

En algún lugar cercano se oía el sordo golpeteo de algún cuerpo pesado sobre la tierra. Afinaron el oído, paralizadas otra vez por la inquietud, y alcanzaron a distinguir el ruido seco de unas piedras rodando contra otras para aterrizar en la tierra con un eco grave y apagado.

—No ganamos para sustos.

—Que sea lo que Dios quiera...

Silvia permanecía ida y no se daba cuenta de nada. Dichosa ella, que se ahorra nuevas turbaciones. Elisa y Elena se cogieron las manos confortándose mutuamente. Con el corazón en vilo encogido en un puño, trataban de localizar la procedencia y la causa de esos ruidos.

—Ni que estuvieran enterrando a alguien a estas horas.

—O desenterrando...

Unas piedras caían de la muralla, cerca de la fosa común donde se amontonaron los restos de incontables italianos que vinieron a dejar aquí sus huesos en la última guerra. Al cabo de un momento vieron un claro en el muro, un hueco por el que se deslizaban varias sombras. En un arranque de valentía inusitada en ese momento de indefinible angustia, atacaron con la potente luz de sus linternas al mismo tiempo que otras semejantes las dejaban deslumbradas y clavadas contra la pared.

—Tías, menudo susto. ¿Qué coño hacéis aquí, y a estas horas?

Un asomo de carcajada nerviosa de alivio las sacudió mientras trataban de responder.

—Más o menos lo mismo que vosotros.

—Queréis quitarnos la exclusiva, ¿eh?

—Nosotras ya nos íbamos. Os dejamos el campo libre. Buena suerte, chicos... Mañana intercambiamos impresiones, si os parece.

Elisa se apresuró hacia la abertura del muro que tan oportunamente se les ofrecía. Elena, en lugar de seguirla, se abrazó a uno de los recién llegados.

—No sabes lo que me alegra verte, Alberto.

—Con que estabas agotada y no pensabas salir de casa esta noche...

Antes de terminar de lanzar este reproche ya se había arrepentido de hacerlo, pues sintió la tensión acumulada en los músculos palpitantes del grácil cuerpo femenino, las manos frías y temblorosas, la cara pálida, la habitualmente dulce y despreocupada sonrisa desfigurada con un rigor serio, desconocido para él. La acogió cálidamente entre sus brazos para infundirle un poco de tranquilidad.

—¿Qué os ha pasado?

—Nada, solo que un capullo nos dejó encerradas y Silvia se ha llevado un susto de muerte, y un golpe de impresión.

—Pero si está tiritando... Vámonos a un sitio más ameno. Si queréis seguir sin mí -dijo a sus compañeros de aventura-, yo me las llevo al pueblo y luego vuelvo.

Los dos amigos de Alberto no desistieron.

—Si no te rajas, aquí estaremos.

Alberto estaba muy ocupado ayudando a Silvia a bajar por el talud al pie de la muralla. La chica a duras penas coordinaba torpemente los movimientos de los miembros y a punto estuvo de rodar por el terraplén hasta el suelo.

Elisa, la primera en descender ayudándose de la cuerda amarrada a un arbusto por la que habían trepado los otros, recuperando instantáneamente la compostura al verse ya liberada del agobio del encierro, se plantó ante Elena cuchicheándole al oído:

—Así que no pasó nada especial la otra noche. Tía, parece mentira que no tengas confianza...

—Bueno, no pasó casi nada...

—Ya, ya; cualquiera diría otra cosa. Qué estampa tan tierna, si parecíais dos enamorados como los de los culebrones rosas. Pues no es este el lugar más apropiado para iniciar una “romántica historia de amor”.

Elena cambió de tercio y se dirigió a Alberto, que ya tocaba el suelo con Silvia.

—Vaya destrozo habéis hecho en la muralla.

—Qué va, el agujero lleva así desde la guerra. Fue un zambombazo de la aviación y todavía está tapado con piedras apiladas sin argamasa. Por ahí entrábamos de pequeñajos a hacer espiritismo y a coger cascos y bayonetas de los italianos, que estaban amontonados en la cueva. ¿No habéis visto la cueva que hay bajo la torre? Eso sí que impone, todo lleno de huesos y calaveras.

(...) Lo primero que hicieron al llegar al abrigo del pueblo y de la luz fue llevar a Silvia al ambulatorio para un reconocimiento de urgencia. No tenía nada, salvo un buen susto.

—¿Ha bebido en exceso o ha tomado sicotrópicos?

—Unos vinos en la cena, nada más.

—Bien... Lo único que tiene que hacer es descansar.

—No creo que pueda dormir, está algo impresionada.

—Pues entonces prescribo tomar una copas, sin pasarse, hasta que entre el sueño. No quiero recetar ningún tranquilizante. Mañana estará como nueva.

En el local superpoblado y ruidoso de la discoteca su reciente aventura les parecía tan lejana como si hubiera ocurrido en un sueño -o pesadilla- de la infancia, en un lugar irreal cuya mera existencia no podían asegurar. ¿Quién que hubiese sido ajeno a ello podría creer lo acontecido apenas unos momentos antes? La misma Silvia fue recuperando poco a poco el tono habitual y -transcurridas unas horas y un par de copas- parecía repuesta por completo tanto del susto como del golpe de la caída.

Al cabo de un buen rato, Alberto dejó instaladas a Silvia y Elisa en una habitación y volvió a rescatar a Elena de la barra de la discoteca, donde la había dejado pidiendo otra ronda.

—¿Todavía no te han servido? Déjalo, no insistas. Si te apetece dar un paseo, quisiera enseñarte el jardín.

—Me apetece pasear, salir de esta humareda y dar un poco de descanso a los oídos.

—Creí que nunca nos iban a dejar solos, con lo impaciente que estaba por hacer una comprobación...

Alberto tomó en sus manos la cara de Elena y besó sus labios tierna y profundamente, por vez primera.

—Quería saber si el achuchón de antes era un simple efecto secundario, o si se trataba de algo más principal.

—¿Y qué te parece ahora?

—No lo sé, estoy flotando en las nubes. Cuando aterrice ya te contaré.

Buscando un poco de intimidad y huyendo de la escandalera de la discoteca atiborrada de gente, cuyo barullo ruidoso se desbordaba por la calle, la pareja se retiró hasta el mirador de los jardines de la antigua fábrica de paños. El fresco de la noche les obligaba a acurrucarse muy juntos para mantener el calor, pero en nada disminuía el encanto del paisaje nocturno del valle con la parte más antigua y monumental del pueblo. Una claridad muy tenue se desprendía del gajo de la luna y despegabá de la prieta oscuridad del despeñadero los contornos de las murallas, la iglesia y el castillo-cementerio, donde decenas de lamparillas diseminadas sobre los sepulcros permanecían de vigilia durante la luenga noche otoñal.

—La vista es impresionante ¿verdad?

—Ya lo creo. Imagínate lo que sería una noche como esta de Todos los Santos hace no demasiados años, cuando no había más luz que la de la luna.

—Supongo que tenía que imponer de verdad. Me contaba mi abuelo que en esta noche nadie se aventuraba a salir. Los viajantes, los arrieros y los noctámbulos se quedaban quietos en casa o en las posadas, porque las campanas de los pueblos estaban toda la noche clamando toques de difuntos que ponían la carne de gallina. Y en algunos sitios subían los mozos al campanario con cantos lúgubres y tristes.

Alrededor de los amantes, nevaban lentamente de los árboles algunas hojas secas vencidas bajo el aire denso de la medianoche, y con un leve quejido se posaban sobre la hojarasca del jardín. Desde varias fuentes llegaba el son de los borbotones y de las salpicaduras del agua.

Leves soplos de viento susurraban entre las apretadas copas de los cipreses, o mecían las hojas sueltas de los tilos y las olorosas de los laureles.

—Cuánta razón tenía Cela. Estos jardines están hechos para morir de amor y de nostalgia.

—Ya estabas advertida, así que no se admiten reclamaciones. Ten mucho cuidado y, sobre todo, no te mueras.

Hubo un silencio entre los dos, que él rompió hilando otras nuevas con sus palabras anteriores.

—No te mueras de nostalgia, pero de amor sí puedes morirte un poco, lo justo para seguir viviendo... pero en otra dimensión.

—Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan a gusto y que no disfrutaba de tantas cosas juntas. A veces me parece que he desperdiciado lo mejor de la vida, los años en que se puede gozar más intensamente porque una es joven y le sobra vitalidad y energía para lo que le echen...

—No te lamentes, que dentro de poco serás una flamante doctora. Y yo iré a consultarte a menudo: Doctora Elena, que me duele aquí, ¿Qué me receta?

Alberto señalaba su costado izquierdo, a la altura del corazón, tomando la mano de su amiga y apretándola con fuerza como si quisiera hacérselo palpar.

—Qué lástima que no haya algo más de luna, Alberto, con lo que me gusta verte los ojos cuando me hablas.

—Eso mismo digo yo, pero tampoco me importa mucho. Aunque no salga la luna, a mí me alumbra de noche la luz de tus ojos negros.

A punto estaban de emborracharse de la tiernas caricias de las palabras, de la dulzura de los besos sobre la calidez de los labios, de la suave tersura del tacto en la piel, cuando a ella le sacudió un repentino sobresalto. De un brinco dejó el banco y se puso en pie para abalanzarse sobre la barandilla del mirador. Alberto, alarmado, miró y no vio nada, pero también se levantó rápidamente para resguardar con su cuerpo el de la chica antes de que por las aberturas de sus ropas descolocadas le acometiera el frescor intenso de la noche.

—¡Mira! ¡Mira allí!

—¿Qué hay que mirar? Yo no veo nada.

—Allí, en el castillo, he visto una luz.

—Yo veo muchas, son los cirios que dejan encendidos estos días para los difuntos.

Elena estaba inquieta y nerviosa.

—No digo eso. Era como un resplandor mucho más grande; quiero decir de mayor tamaño, porque la luz era muy débil. ¡Hay algo raro ahí!

La envolvió suavemente con sus brazos y después la abrazó con fuerza desde atrás, para mirar en la misma dirección que ella.

—¿Tú también crees que hay espíritus o fantasmas allí dentro?

—No creo nada, sólo lo que veo, y he visto algo raro... ¡Mira!, ¡otra vez, allí!, al borde de la muralla y del precipicio.

No se trataba de los puntitos de luz que titilan con la llama mortecina e indecisa de las velas; esta vez los dos pudieron percibir el leve y extenso fulgor verdoso que brotaba de la tierra en un rincón del cementerio.

—Ahhhh, es verdad, ¡qué fuerte!

—¿Estaremos viendo visiones?.

—¡La leche..! En la vida he visto nada parecido.

—Qué pena, he dejado la cámara en la habitación...

—...Tampoco saldría nada, está lejos y hay poquita luz...

Un buen rato duró el inesperado espectáculo al que los dos asistieron boquiabiertos, sin dejar de mirarse de continuo entre ellos para confirmar que no padecían una alucinación, hasta que la chica estalló en una rotunda carcajada:

—Puedes respirar, si quieres.

—Ufff, la verdad es que estoy impresionado...

—No te apures. ¿Nunca habías visto el fuego fatuo? Pues ahí lo tienes. Miles de veces se habla de él y muy pocas son las oportunidades de verlo. Yo nunca lo había visto en directo, y reconozco que la primera impresión ha sido de órdago.

—La verdad es que es todo un espectáculo. Pero me ha defraudado un poco, no es lo que yo esperaba; no es un fantasma.

—No, pero se parece bastante.

—¿Será eso lo que ha asustado tanto a Silvia?

—Ni idea, no he conseguido que me diga qué es lo que vio.

—Bueno, se acabó la función. Supongo que es hora de irse a dormir.

—Eh... Esta noche no quiero quedarme sola, no podría dormir bien.

—Si te quedas conmigo tampoco podrás dormir bien.

—Ya no sé si quedarme contigo o con el fantasma...

* * * * *

Los días sucesivos fueron intensos en todos los aspectos. El lugar no tiene desperdicio, y entre los paseos campestres para empaparse del otoño, las visitas al cementerio -diurnas, eso sí- para familiarizarse con todos sus detalles, y las giras monumentales guiadas por los amigos de

Alberto, pasaron sin sentir los cuatro días del puente. La tarde del domingo Elisa y Silvia retornaban a casa. Elena no, decidió quedarse unos días más con Alberto.

—Después de la tesis, creo que me he merecido un descanso. Ya nos veremos.

Elisa, acercándose a ella para despedirse, le cuchicheó al oído:

—Feliz luna de miel.

A la mañana siguiente Elena acudió al archivo parroquial con la esperanza de obtener información sobre las tres lápidas hermanas del cementerio viejo. Le atendió un cura joven y amable que le informó de que todos los libros antiguos ardieron durante la guerra, mal podían buscar las partidas de defunción y curiosear en ellas. El cura ni siquiera sabía de la existencia de esas losas, y no se le ocurría qué interés podían tener unas lápidas viejas, aunque no tanto como para atesorar la preciada pátina de la antigüedad clásica.

—Si fueran inscripciones romanas sí tendrían altísimo valor. ¿Sabe usted qué leyenda solían poner en esa época?.

—Ni idea.

—S.T.T.L. Sit tibi terra levis. Que la tierra te sea leve. Pagana pero poética, ¿no le parece?

—Sí, desde luego.

—O si fueran las lápidas sepulcrales de los arzobispos de Toledo, que edificaron y habitaron este castillo entre los siglos XIII y XVII, ya lo creo que tendrían valor. Pero tratándose de gente anónima de no hace mucho, me temo que no encontrará usted quien le sepa dar razón de ellas. El Ayuntamiento está remodelando esa parte del cementerio, ¿lo sabía usted? Ya están en ello, así que el día menos pensado las losas acabarán en una escombrera y ya no quedará ni la memoria desdichada de esos pobres niños.

—Sería una pena.

—¿Ha probado a preguntar a Desiderio, el sepulturero? Quizás él se conozca alguna historia. Desde luego, si no es así, olvídense. Ya puede ir usted al archivo provincial o al del Arzobispado, que no encontrará a nadie que sepa de esto más que él.

Elena se quedó un poco decepcionada, pero no le pareció baldía la visita porque el curita era un hombre culto que le contó algunas leyendas acerca del castillo. Se enteró de dónde le viene el nombre de Piedra Bermeja: en la base de una torre tiene como piedra angular una que está teñida de rojo con la sangre de una doncella asesinada por un asunto de amores y desamores.

Salió de la parroquia. Mientras esperaba impaciente a Alberto, que le había prometido enseñarle una tasca curiosa y ya se demoraba más de la cuenta, Elena meditaba sobre estos asuntos.

"Allá, nada menos que en el siglo XI, la gente también sufría arrebatos pasionales. ¡Qué poco hemos cambiado en tanto tiempo! Al mundo ya no hay quien lo conozca, pero nosotros somos casi los mismos, nos mueven los mismos impulsos e idénticas pasiones que a nuestros antepasados de hace un milenio."

Por la tarde volvió al cementerio acompañada de Alberto. El sepulturero no resultó ser el personaje ameno y dicharachero que había retratado el cura. No hubo manera de entablar conversación con él, a pesar de llegar con tan buena carta de presentación, de parte del

párroco. Tenía mucho trabajo -decía- y se largó a trastear dejando a la pareja casi con la palabra en la boca. Elena intuía que la actitud huidiza del enterrador tenía algo que ver con la aventura de la noche de Todos los Santos. Algo le habría dicho su sobrino que le había mal dispuesto contra unas chicas forasteras que estuvieron husmeando en el cementerio.

Aprovechando el viaje, Elena y Alberto subieron al cementerio viejo. Más les valiera no haberlo hecho, porque se quedaron horrorizados del panorama que encontraron allí. Acababan de comenzar las reformas anunciadas por el cura. Del lado de las capillas, la vieja pared repleta de nichos ya empezaba a sufrir los efectos de la piqueta. Habían derribado una parte del muro y en el suelo se esparcían lápidas destrozadas sin la menor consideración, cascotes de piedras y yeso, huesos casi pulverizados por el peso inclemente de una breve ración de eternidad.

—¿Este es el descanso eterno que reserva la iglesia para sus fieles?

—Debe de ser cosa del Ayuntamiento, según dijo el cura esta mañana. Duele ver este destrozo.

Con el ánimo encrespado por el despropósito que estaban contemplando, se dirigieron al rincón del patio donde estaban las tres lápidas tristes aguardando resignadamente el turno de las piquetas, el veredicto irrevocable de los mazos.

—Despídete de ellas, Elena. En tres o cuatro días habrán avanzado hasta aquí los zapadores.

—Se llevarán por delante las lápidas.

—Y quizás también los fantasmas...

—Hay una ley de patrimonio que protege edificios y elementos arquitectónicos de antigüedad superior a cien años. Veré la manera de denunciar a los responsables de este atropello, porque estas losas hechas añicos tienen todas entre 100 y 150 años.

—Qué ingenua eres. Si quieres salvarlas del desastre no confíes mucho en quienes son los promotores de este desaguisado.

—Te veo un poco escéptico. ¿A quién recurrir, entonces?

—A nadie. Sólo a ti.

—¿Y qué voy a hacer yo sola?

—Tú sola no, puedes contar conmigo.

Elena no terminaba de captar el propósito de Alberto, pero este ya había decidido en su fuero interno: Si a ella le importaban algo esas lápidas, él haría cualquier cosa para evitar que se las destrozaran. ¡Faltaría más que por unos pedazos de piedra ella se llevara un disgusto!

Se marcharon del cementerio, que a la luz del sol desplegaba toda la fría belleza de los mármoles relucientes engalanados con sus vestidos de flores nuevas, pavoneándose ante las pardas laderas y los muros recios del castillo tostados y resquebrajados por siglos de heladas, de sol y de soledades.

En el mirador que domina las vistas del valle, junto a la iglesia, pasaron el resto de la tarde absortos en la turbadora sencillez de ese paisaje meseteño, dominado por los espacios amplios y las líneas horizontales que infunden gravedad y serenidad al espíritu. Entre una y otra alcarria, uniendo los páramos que tocan el cielo con los entresijos de la tierra de donde manan las aguas, el hondo surco del río encauzaba sus miradas. La vista se les escapaba valle abajo, arrastrada

por la corriente y los sotos de álamos y sauces de la ribera, tras el señuelo de los colores encendidos del poniente.

—Aquí, con estas vistas que nos hechizan, rodeados de monumentos, de historias, de paisajes, y hasta de espíritus, no cuesta ningún esfuerzo estar enamorado.

—Es cierto, parece que lo exige el escenario, que lo raro sería no estarlo...

—Pero cuando volvamos a la vida urbana y cotidiana, ¿será lo mismo?

—Sólo es cuestión de esperar un poco para comprobarlo. Por mi parte, espero que sí.

Alberto se quedó callado antes de responder. En otras condiciones hubiera dicho lo habitual; que él procuraría lo mismo, pero que no podía prometer nada porque las circunstancias a menudo se imponen a la propia voluntad, como un corsé asfixiante que ahoga y aborta las buenas intenciones. Mas esta vez se sorprendió a sí mismo oyéndose decir:

—Si alguna vez ves que se me aplaca el ardor, ya sabes; tráeme aquí para reavivarlo.

Un inesperado pitido intermitente interrumpió la conversación. Elena abrió su bolso y extrajo el móvil, que fosforescía como una luciérnaga electrónica a causa de un mensaje recién llegado a sus neuronas de silicio.

—Es un mensaje de Elisa. ¡Vuelve a salir la figura misteriosa en una de las fotos nuevas!

—¡No me digas! Si te parece, estando tan cerca, podemos volver ahora al cementerio.

—Oh, no, gracias. Con la visita de la otra noche tuve bastante. Ya veré la foto cuando vuelva a casa.

—Me dejas sobre ascuas; yo aún debo quedarme aquí diez días más.

—Bueno, así tienes un buen motivo para ir volando a verme en cuanto tengas tiempo libre.

(...) La primera jornada que pasó Alberto solo, sin la compañera que últimamente había llenado cada instante de los días y de las noches, le pareció interminable. Las ocupaciones que le retenían allí, lejos de Elena, no lograban entretenerle lo suficiente como para no echarla en falta de continuo. A cada paso se acordaba de ella, cada vez que respiraba; suspiraba por ella. Se sucedían los días y las noches con una lentitud exasperante, y el deseo acuciante de volver a verla, acrecentado por la ausencia y la distancia, terminó por convertirse en pura ansiedad.

La tercera noche, cuando ya tenía más que comprobado que le costaba mucho conciliar el sueño sin Elena, decidió hacer algo para ella; algo que le conmoviese y le diese una idea cabal del afecto que le guardaba. Propuso a sus dos compañeros de aventuras repetir la excursión al cementerio.

—Pero si ya estuvimos la otra noche para nada...

—Bueno, pero acabo de saber que ha vuelto a salir el fantasma en una foto que hicieron las chicas.

Tampoco tuvo que esforzarse mucho en convencerlos. En el pueblo, entre semana, no hay mucha oferta de entretenimiento y se aburrían soberanamente. Apenas cayeron las sombras de la noche sobre el valle, los tres bajaron al castillo. Demasiado pronto; todavía salían mujeres rezagadas de la última misa vespertina en Santa María, que en esa época y a causa del cambio horario se empalmaba con la noche. Aún estaba abierto el cementerio, así que se colaron dentro

y aguardaron allí, discretamente apartados para no ser vistos, a que el sacristán o el sepulturero encargados de echar la llave se marcharan.

En cuanto oyeron el sonido quejumbroso del portón cerrándose para la noche, se dirigieron al patio de honor. Hicieron un largo y concienzudo reconocimiento visual. Allí no había más fantasmas que los nacidos de sus fantasías exaltadas por el momento y el lugar. A través de la enorme brecha abierta en el muro por los obreros entraba una leve claridad de luna creciente que allí les resultaba extraña, pues estaban habituados a verlo sumido en la más completa oscuridad. El pálido halo que se extendía como una sábana mortuoria sobre las sepulturas y cascotes cercanos al trozo de muro demolido, se prestaba mejor que la pura negrura a las fantasmagorías de la imaginación, pues requería esfuerzos constantes de la vista y de la mente para descifrar lo que el amago de luz dejaba solo a medias esbozado e intuido.

Alberto dirigió la expedición hacia un rincón oscuro y sacó una palanqueta que traía en la mochila.

—¿Qué pretendes?

—Ayúdame, venga. Quiero sacar una de estas lápidas antes de que las destrocen los albañiles.

—¿Estás loco?

—A eso hemos venido, dejaos de tonterías y de fantasmas. Además, hay una para cada uno.

—Yo no quiero para nada una cosa tan tétrica y tan triste.

—Ni yo. Me da reparo.

—Vale, pero ayudadme con mi ración. Venga, ¿no veis que es una pena el destrozo que están haciendo aquí?

—Bueno, vale. Operación rescate... Mientras no te de por querer salvar todo el cementerio...

Debilitado por los años, quebradizo y carcomido, el marco de madera que recuadraba la losa contra el muro cedió con facilidad. Pero la piedra no salió con él, estaba algo agarrada con yeso a la pared y despegarla era tarea un poco más ardua. Con cuidado para no romper ni arañar el mármol, escarbaron bajo los cantos con la palanqueta. Les parecía que todo el pueblo estaba al tanto de cada una de sus maniobras. Cada roce de la herramienta contra la piedra o el yeso, cada uno de los golpes, secos y sordos en realidad, se amplificaban exageradamente en sus oídos tensos tras pasar por la caja de resonancia de la inquietante emoción del momento.

—Ya es mía, por fin.

Alberto levantó la piedra en los brazos en ademán triunfal, saboreando por adelantado la cara de sorpresa -y seguro que de alegría- de quien iba a ser su verdadera dueña.

Se disponían a salir con el botín cuando un movimiento extraño sobre el sudario tendido por el halo de la luna les dejó instantánea y totalmente paralizados.

—¿Qué ha sido eso?

Algo voluminoso batía pesadamente el aire en la brecha del muro mientras se alejaba del patio con la misma velocidad que su sombra, apenas esbozada por la claridad del cuarto de luna, se diluía de nuevo entre las tinieblas.

Los tres habían enmudecido tan profundamente que ninguno parecía querer ser el primero en reaccionar y buscar algún alivio al tremendo susto. Al cabo de un rato, Alberto, sin ninguna convicción pero íntimamente obligado a descongelar el ambiente y terminar con bien la expedición de la que se sentía responsable, aseguró haber visto como un pájaro, tal vez una lechuza o una corneja...

—Sí, o un avestruz, por el tamaño.

Respondía el otro con un hilo de voz queda y temblona, jurándose para sus adentros no volver jamás en la vida a alterar el orden fúnebre del camposanto. Por mucho que le aburriesen las noches de fútbol en la televisión y las discusiones deportivas de los bares, de ahora en adelante iba a hacerse asiduo de ellas y de la repugnante telebasura. Ya había colmado por una buena temporada su ansia de novedades y aventuras.

Alberto, que en plena faena de extracción de la losa había pensado aprovechar el viaje y llevarse también las otras dos, no se atrevió a insistir y se marcharon todo lo rápidamente que pudieron.

Aún cabizbajos por la impresión, llegaron al bar donde solían reunirse tras la cena. Esta vez no alardeaban ante los amigos de sus hazañas nocturnas, en parte por mantener discretamente entre ellos el hurto de la lápida, no fuera a correrse la voz por ahí y alguien se molestara, en parte por el susto sufrido, al que aplicaron el antídoto de unas copas bien cargadas.

Elena apareció al día siguiente, sin avisar, para pasar el fin de semana e indagar algo más sobre el asunto del cementerio y la misteriosa figura de la foto. Le mostró a Alberto una ampliación que le dejó vivamente impresionado, y más tras los recientes sucesos. Le contó la aventura de la noche anterior sin mencionar nada de la lápida; quería sorprenderla con un regalo inesperado.

—No he venido solo por el espectro. La verdad es que no podía estar más sin ti, te echaba tanto en falta que llegaba a sentir dolor físico con tu ausencia.

Una oleada de calor invadió a Alberto de arriba a abajo al oír esta confesión y terminó de expulsarle del cuerpo el frío que aún había quedado agazapado tras la visión nocturna, y que a veces afloraba en pequeñas sacudidas nerviosas que no terminaban de templarle ni desentumecerle el alma aterida por aquellos breves momentos de intenso espanto. Decididamente, Elena merecía eso y mucho más. Y sin decirle nada, para no aguarle la sorpresa, retomó otra vez su idea original de regalarle no una, sino las tres lápidas; las tres losas hermanas para que no se sintieran huérfanas.

Elena barrió el pueblo buscando descendientes de la familia de los tres niños muertos por ver si habían guardado alguna historia de aquella lejana tragedia. Todo en balde, los apellidos de las lápidas no aparecían por ningún lado. Recurrió al censo municipal. Al alguacil tampoco le sonaban.

—No creo que se me escape ninguna familia del pueblo, que aquí nos tratamos todos. Ya le adelanto a usted que aquí no vive nadie con esos apellidos. Ahora, como a muchos los conocemos por el mote, podía ser...

Sacó en el ordenador los ficheros del padrón. Listó el censo por el primer apellido, luego por el segundo, pero en la relación de cerca de 4.000 nombres no aparecían los que ella buscaba.

—Ya le decía yo. Aquí en la guerra y después de ella se marcharon muchas familias. A saber dónde habrá ido a parar ésta, si es que duraba.

Salió desencantada y algo mohína del Ayuntamiento. Ya no sabía qué mas intentar.

–Bueno, al final me quedaré sin saber qué pasó hace ciento quince años.

–Está visto que el misterio del cementerio no quiere ser revelado, así que confórmate. Quizás si lo supieras todo con detalle perdería el encanto y la emoción.

–Pero yo no busco encantos y emociones; yo quiero saber qué pasó para explicar lo que sucede ahora. Lo otro también tiene su intriga, pero no es serio.

–Pues tómalo como una aventura, no como una parte de tu tesis.

(...) Elena, de vuelta en casa, estaba bastante sobreexcitada con los acontecimientos vividos en sus viajes a Brioca. Los tenía aún frescos en el recuerdo y, escribiendo como estaba en su ordenador notas y reflexiones sobre ellos, no hacía sino revivirlos y tenerlos bien presentes en el pensamiento.

Tenía una leve sombra de duda sobre Alberto que la intrigaba y a veces la disgustaba. Intuía, por algunos gestos y palabras pillados al vuelo a sus amigos, que algo había sucedido en el cementerio de lo que ella no tenía conocimiento, y se temía que deliberadamente estaban ocultándole alguna información.

Ella misma se notaba demasiado alterada, cosa infrecuente puesto que raramente perdía el control de sus emociones y el temple de los nervios. Ahora, con las imágenes del camposanto aún vivas en la memoria, se sobresaltaba con cualquier ruido que oía en derredor suyo, en su casa o en las vecinas. Captaba sonidos en los que hasta entonces nunca había reparado, y cada uno de ellos le disparaba la inquietud y le alertaba todos sus sentidos.

Tecleando en el ordenador, un destello de la lámpara sobre la esfera de su reloj de pulsera, que percibió reflejado al fondo de la pantalla, le cortó por un momento la respiración, hasta que logró situarse, comprender la causa y serenarse. Definitivamente, estaba con los nervios a flor de piel y así no se veía en condiciones de seguir trabajando dándole vueltas al asunto. Decidió cambiar de actividad y olvidarse hasta mejor ocasión de los asuntos paranormales.

Para desvanecer los fantasmas que merodeaban por su imaginación, centró toda la fuerza de su pensamiento en Alberto. Hacía tiempo que no usaba su diario, y pensó que era buena ocasión para consignar en él las últimas importantes novedades de su vida.

“Conozco a Alberto desde hace dos años, pero nunca nos habíamos tratado más que de una forma muy superficial. Creo que yo le parecía pija y pedante, que es lo que suelen pensar los chicos cuando encuentran una mujer inteligente; no es por nada, y él me caía normal, ni bien ni mal, casi me era indiferente.

¿Cuándo empezaría yo a gustarle? Tendré que preguntárselo, porque no lo sé. Elisa dice que desde el principio ya me miraba demasiado y andaba pendiente de mí todo el rato. Yo ni me daba cuenta.

Lo tenía catalogado como el típico arquitecto cretino que se cree superior al resto de la humanidad; frío, todo método, números, ecuaciones y estructuras en la cabeza.”

A ratos soltaba la pluma y levantaba la vista del diario, rememorando recuerdos arrinconados en el desván del olvido y buscando las palabras adecuadas para transferirlos a la otra intimidad del papel encuadernado. Se sonreía al pensar cómo cambia la vida en tan poco tiempo. Tomó el teléfono y marcó.

–Hola, Alberto.

—¡Elena! Qué casualidad, estaba pensando en ti.

—Me parece muy bien, yo también estaba pensando en ti. ¿Dónde estás?

—En la carretera, camino de casa.

Alberto acababa de dejar Brioca. Salía de allí furtivamente con las tres losas en el maletero, casi huyendo con el emotivo tesoro que le entregaría a Elena en cuanto las limpiara el polvo y la cal adheridas durante su largo sueño en el castillo reconvertido en cementerio.

—¿Y no podrías tirar unos kilómetros más y venir a verme? Te echo tanto de menos...

—Pues, la verdad, pensaba hacerlo mañana; todavía tengo algunas cosas que hacer cuando llegue.

—No sé si aguantaré sin verte hasta mañana. Y estoy un poco alterada, veo sombras y oigo ruidos por todas partes. Tengo un poco de miedo, no quisiera estar sola esta noche.

—¿Sí? Qué curioso, porque a mí me pasa lo mismo, veo la sombra del cementerio continuamente. Parece como si me acechara; cuando vuelvo bruscamente la cabeza me la encuentro de frente, fija en mí... Sólo se disuelve al cabo de un buen rato. Pensaba pedirte que me sicoanalizaras a ver qué me pasa por la cabeza.

En ese mismo instante Alberto sintió un frío aliento que le helaba la nuca. Al asomar la vista por el espejo retrovisor interior vio la sombra, enigmática y retadora; la misma visión de la foto del camposanto, esta vez más cerca que nunca, tanto que podía distinguir en ella los vanos vacíos de unos ojos infinitamente tristes e infinitamente hondos, en cuyo abismo oscuro se le sumía la mirada. Sintió un escalofrío de terror, pero no dijo nada. Se lo tragó él solo para no asustar a Elena.

—Bueno, no hablemos de eso ahora, Alberto... Anteayer te eché de menos un montón. ¿Sabes que hice el mismo camino que la semana pasada?

—...

—Alberto, ¿sigues ahí? ¿Me oyes?

—...

—¿Alberto?

—...

Ya a punto de colgar, Elena oyó de nuevo la voz de Alberto reclamándola por el auricular.

—Elena...

—Creí que se había cortado la comunicación o que había interferencias. Se oían ruidos muy fuertes...

—No..., es que..., verás; acaba de haber un accidente...

—Ay, ten muchísimo cuidado, por favor. Llámame cuando pares o cuando llegues, no es muy prudente hablar por teléfono y conducir al mismo tiempo.

—No te preocupes, mi niña. Ya he parado.

—¡Qué alivio! Pues te decía que hice el mismo camino que me enseñaste tú la semana pasada, por el bosque del Río Ungría...

—¿Sí? Qué suerte, cuánta envidia me das. ¿Y cómo estaba el otoño en el robledal?

—¡Precioso! Más que el día que tú me llevaste. Pero a mí no me gustó tanto, te echaba de menos terriblemente, desesperadamente.

—Me gusta que lo digas.

—Tampoco disfruté igual de los jardines de la fábrica, incluso me infundían cierta tristeza; creo que me entró melancolía por tu ausencia.

—¡Si supieras cómo te añoraba yo también! Me daba pudor reconocerlo, pero tengo que confesar que no sabía estar sin ti, mi niña. Lo que hasta hace cuatro días hacía rutinariamente sin importarme, ahora ya me resulta insoportable. No aguanto estar separado de ti.

—Me suben ardores al oírte. Si te tuviera aquí te quemarían mis besos.

—Ya me queman tus palabras en el oído, y a través del oído tu voz me abrasa el alma. Mira qué bien; gracias a la tecnología del móvil tenemos más ventanas en el alma; los oídos, además de los ojos...

—Quiero que... ¿Eso que oigo son ambulancias?

—Sí.

—Suenan muy cerca.

—Están justo aquí al lado. Espero que se vayan pronto para oírte bien.

—¿Ha sido gordo el accidente?

—Puede que sí, pero no lo sé, no veo nada. No veo nada, no siento nada, no oigo nada más que a ti, tu voz es ahora mi único contacto con el mundo, con tus palabras me llega todo lo que quiero.

Hablaban y hablaban susurrándose palabras tiernas que les arrebataban los corazones.

—Es curioso. Nunca me imaginé que un hombre podría resultar tan dulce. Los que yo he conocido ni borrachos dirían cosas así.

—Te parecerán una sarta de tonterías y de cursiladas...

—Al contrario, ¡me conmueven! Y me abrigan, me dan calor.

—Yo no soy dulce ni tierno, más bien al revés. Eres tú quien me entenece. Antes de ti nadie me había provocado estos sentimientos que tú me inspiras.

—Pensar que te conozco hace dos años largos... Me parece que he perdido el tiempo tontamente, he vivido unos pocos días a tu lado, apenas dos semanas, y he desperdiciado más de mil.

—Tenemos toda la vida por delante, ésta y la eterna; no te apures por el tiempo.

—No me hagas reír. Estás desvariando. Tú, lo más irreverente que ha criado el mundo, hablando de la vida eterna...

—Pues mira; me lo he pensado mejor y creo que toda la vida es poco tiempo para quererte y para gozarte. Quiero más, necesito mucho más; una eternidad también se me haría corta a tu lado.

—Me deshaces con estas cosas que me dices. Siento el mismo ardor que cuando me acaricias.

Elena se recostó en la cama y se aflojó la blusa. Recreando las rabiosamente anheladas caricias de su amante, paseó sobre el pecho y el vientre desnudos la mano lánguida, turbada y acalorada por la emoción, enajenándola de sí y traspasando el control a la voz que le llegaba por el teléfono.

—Estoy suspirando como si tú estuvieras a mi lado acariciándome. ¿Qué me haces hacer? ¿Con qué me has hechizado? No sé cómo he podido vivir hasta ahora sin ti, qué vida tan insulsa. Ahora sí sé lo que es vivir...

—A mí más bien me parece morir cuando te veo, cuando te toco, o te beso; también ahora que nada más te oigo... Pero más quiero morir por ti que vivir sin ti. ¡Lo que yo daría por morirme entre tus brazos!

—¿Morir de amor y de nostalgia, como decía no sé quién?

—Eso mismo, como decía no sé quién en los jardines románticos de la fábrica. ¡Morir de amor y de nostalgia! Me estoy muriendo..., me muero de amor y no tengo a mi amor al lado, así que me muero también de nostalgia...

—Pip.

El impertinente pitido del móvil avisaba que la batería estaba en horas bajas.

—¿Quién se queja? ¿Es tu móvil o el mío?

—Es el mío. Espera, Voy a buscar el cargador. No quiero cortar ahora una conversación tan emocionante. No cuelgues, ¿eh?

Elena no tardó en volver a la cama con el móvil al cabo del cargador enchufado a la red.

—Ya he vuelto. ¿Sigues ahí?... Alberto... Alberto...

—¿Sí, vida mía?

—Qué apagado te oigo ahora. Debes de estar cansado, ¿has tenido un día muy duro?

—Bastante, demasiado duro...

Pensaba en los incontables esfuerzos y sobresaltos que tuvo que tragar para hacerse con las dos lápidas restantes, esta vez sin poder contar con la ayuda ni la compañía de sus amigos.

...pero ya pasó. Tú eres mi descanso, mi jardín y mi recreo; oyéndote me recupero y me quedo como nuevo, con tu voz ya revivo.

—¡Vaya! El otro día te quejabas de que te agotaba... Acabo de anclarle los pies a mi teléfono. Menuda faena para un móvil convertirlo en fijo. ¿Crees que me lo perdonara?

—....

—Alberto... Alberto... ¿No te estarás quedando dormido?

—Tengo mucho sueño... pero no me dejes dormir, por favor; mantenme despierto con tu voz de niña, cuéntame lo que quieras, no quiero dormir... Mientras te oigo estoy vivo... no quiero dormir...

—Ay, mi niño, que está tan cansado... Si pudiera acunarte en mi pecho... De estar tú aquí ahora te cantaré una nana al oído, pero así, tan lejos, no; no quiero que te duermas luego al volante.

—Puedes cantarme otra canción que no sea una nana.

—Hum... ya sé cuál. La contraria a la nana.

Elena carraspeó ligeramente para entonar la garganta y cantó una melodía alegre y movida que llevaba esta letra:

Levanta, claro lucero,
arriba, sol de levante,
levántate ya, amor mío,
que aquí tienes a tu amante.

—Me gusta, me gusta mucho.

—Hacía tiempo que no la cantaba, desde que era niña, cuando la tarareaba con mi abuela. Mira cuánto me haces rejuvenecer.

—Me gusta la voz que te sale al cantar. ¿Sabes alguna otra?

—¡Sí, más de una!

Elena continuó hilvanando una canción tras otra en el micrófono que las radiaba al otro lado del teléfono.

—No me importaría estar toda la noche cantando. Nunca había tenido un público tan agradecido, que no sólo no me corta ni me manda callar sino que me pide otra y otra. Y tú, ¿no cantas?

—Yo no conozco tantas canciones, pero sí recuerdo una que me enseñaron también de pequeño.

—Cántamela, por favor, así yo descanso un poco.

Alberto no se hizo de rogar, y la cantó:

—Dime, ramo verde,
dónde vas a dar,
porque si te pierdes
yo te iré a buscar.

Si me pierdo, que me busquen
más allá del mediodía,
donde cae la nieve a copos
y el agua serena y fría.

—¡Es preciosa! Qué melodía tan dulce y tan cautivadora. Y la letra... ¡es pura poesía!

—La cantaba mi abuelo. A él también le gustaba mucho porque a su vez la había aprendido de su abuelo, mi tatarabuelo, y éste del suyo. Ha ido pasando en mi familia saltando generaciones de dos en dos.

—Con esa historia entrañable que tiene detrás, la cancioncilla es aún más bonita.

—Como soy heredero de mi abuelo y la canción es mía, te la regalo. Tómala, toda para ti; que eres igual de preciosa que ella.

Elena respondió balbuciendo:

—Es el mejor regalo que he recibido jamás. Me has emocionado..., se me saltan las lágrimas. Muchísimas gracias. ¿Me la enseñarás?

—...

—Pip.

—...

—¿Alberto?

—Ahora es mi teléfono el que tiene la batería resentida.

—No me extraña. ¿Cuánto tiempo llevamos hablando?

—No lo sé, he perdido la noción... No sé si han pasado horas, días... Ojalá pudiéramos seguir hablando y cantando una eternidad. Lo malo es que yo no tengo cargador en el coche...

—¿Aún estáis parados en la carretera?

—Sí, pero por poco tiempo. Ya empiezan a moverse.

—Menos mal. Oigo voces y cuchicheos por ahí cerca. ¿Hay más gente?

—Sí, de todo un poco. Bomberos, Cruz Roja, Guardia Civil, curiosos... Pero da lo mismo, yo solo tengo oídos para ti.

—Pip... pip.

—Adiós... Elena... Elenita... Un beso muy fuerte... Esto se acaba... Adiós... Adiós...

—Pip... pip... pip.

Lo último que oyó Elena antes de que su móvil se quedara mudo, colgado de las ondas vacías que no encontraban el aparato gemelo en el que encarnarse, fue el estridente ulular de las sirenas que partían a toda prisa.

El sutil hilo de aliento vital, trenzado de amores y de sentimiento, que vinculaba los despojos de Alberto con el mundo, se enzarzaba en la voz de Elena mientras duraba la conferencia, resistiéndose desesperadamente a desvanecerse, a desconectarse de ella para siempre. Pero las heridas que le destrozaban el cuerpo ya hacía mucho rato que le habían vaciado a raudales la savia y la vida, en calientes y rápidos borbotones. El alma ardiente, vertida del cuerpo por completo, se quedó empapando de su rojo tinte apasionado la húmeda tierra del páramo y las tres losas blancas y frías que le bebieron ávidamente el torrente de la vida.